

# Interpretar y transformar

José Luis Moreno Pestaña



*Filosofía y resistencia. Intervenciones*

Jacobo Muñoz

Madrid, Biblioteca Nueva, 2013, 220 pp.

Cuentan que un profesor se paseaba por una ciudad con *El ser y la nada* de Sartre bajo el brazo. Eran otros tiempos, cuando la filosofía permitía realizarse en la vida cotidiana y obtener con ella beneficios, atenciones, admiración e incluso amor. Esos tiempos han pasado: la filosofía exige mucho esfuerzo para comprenderla y su rendimiento semántico, el significado que efectivamente se extrae, puede ser muy precario, en ocasiones nulo. Demasiada dificultad para escaso conocimiento.

En diálogo con esta coyuntura, Jacobo Muñoz, uno de los filósofos más representativos de la generación del 70, ha escrito este libro que contiene, además de un prefacio y un sabroso anexo sobre el carácter totalitario del franquismo (un texto de 1976 felizmente recuperado), tres partes: «Por

una nueva ilustración», otra consagrada a un problema central de nuestra actualidad («¿Universalidad o eurocentrismo») y un apartado de «Itinerarios», donde se recogen quince calas en el pensamiento de distintos filósofos y escritores, en suma de pensadores; desde el Quijote a Marcuse, de Althusser a Joan Fuster, Jacobo Muñoz muestra dos de sus virtudes que lo singularizan: la de ser un pensador acogedor, nada sectario e, idea que suele ir unida a la anterior, que los regímenes de pensamiento no conocen de las divisiones académicas entre literatura, ciencias humanas y filosofía.

El profesor de marras, con el que comencé este texto, vivía en otra época, una de diferencias culturales casi abisales. Como constata Jacobo Muñoz con realismo, ausente a menudo entre

intelectuales, la mayoría de las personas hoy acceden a la educación superior y tienen más capacidad de compra y de posibilidades culturales. ¿Por qué admirar a Sartre cuando puede uno volar en parapente o leer un libro de autoayuda? ¿Por qué consagrarle horas cuando la ciencia, y la filosofía, para cualquiera que se roce con ellas, aunque sea en lo mínimo, transmiten escepticismo organizado y relativización de cualquier postura concluyente?

Sin embargo, se necesita la filosofía, hoy más que nunca, porque las ciencias son parciales y la realidad exige que nos decidamos a actuar sin hacer una tesis en cada ocasión, sin reunir información suficiente que permita zanjar serenamente entre las diversas alternativas. Semejante tipo de acción se encuentra bien descrita en el itinerario consagrado a Sartre. Al definirnos por algo renunciamos a otras acciones posibles, que arrinconamos en mundos laterales, pasando, por defecto, a integrarse en nuestra biografía: somos aquello elegido pero también lo no elegido: ahí se encuentran, rodeando con sus nubarrones nuestra pelea por existir, la nostalgia o, peor, la melancolía, para recordárnoslo.

Pero no hay solución posible. El privilegio del observador escolástico, que tiene tiempo de ocio para analizar las elecciones, no lo tienen, en la mayor parte de su existencia, ni tan siquiera los filósofos profesionales. La filosofía nos ayuda, informándose de la cultura de su tiempo, a elegir qué queremos ser y cómo queremos lograrlo. Jacobo Muñoz hizo suya esta concepción de la filosofía desde muy joven, concepción

que tiene sus raíces en Ortega (al que se dedica otro itinerario singularmente lúcido) y que defendió con ahínco Manuel Sacristán –en recuerdo de quien se presenta un ajustado balance del marxismo. Pero para seguir influyendo en la gente que puede consumir cultura y experiencias, que ya no se arrodilla ante la sofisticación académica, la filosofía debe adelgazarse retóricamente. Manteniendo, eso sí, el máximo de significado, antaño elaborado en jergas inaccesibles, que exigían iniciaciones mortificantes, haberse bañado casi desde el principio en la alta cultura o renunciar a la vida para ser capaz, mediante el esfuerzo, de rascar algo de ella. La filosofía no puede exigir tanto a sus lectores si quiere ofrecerles «totalizaciones. Siempre finitas, siempre contingentes, siempre provisionales, pero siempre necesarias a la hora de pensar concretamente el mundo» (p. 145).

Por eso apuesta Jacobo Muñoz, por construirse un público profano, por tener un interlocutor más amplio que treinta especialistas en España, si no en Europa. ¿Lo consigue? Me parece que sí y muy bien, pero debe juzgarlo el lector.

En la primera parte del libro titulada «Por una nueva Ilustración», que me parece el núcleo capital del volumen, Jacobo Muñoz recuerda que el proyecto ilustrado, elegir cómo queremos ser, sin que ello menoscabe a nuestros semejantes, sigue siendo actual y requiere ciertas condiciones de posibilidad. Ese mínimo de justicia puede realizarse en las instituciones. Pero a toda institución se le puede obedecer de dos maneras, por convic-

ción o porque interesa hacerlo. En el segundo caso, enseñó Kant, hasta los demonios, canallas en su fuero interno, pueden comportarse rectamente. Progreso moral y legal no van de la mano. Se apoyaba Kant en observaciones cotidianas, que Jacobo Muñoz recuerda con profusión. Incluso en los pueblos civilizados, nos decía, la gente es ingrata con quienes les hacen el bien y los odian en secreto y, los amigos se traicionan en cuanto pueden. Por tanto, si no queremos desesperarnos conviene no conocer demasiado a los hombres.

Eso no impide que luchemos por lo mejor, porque incluso los malos, que no lo harán, se beneficiarán de un mundo más justo. La opción de Kant nos sumerge en un militantismo no optimista, pesimista si se quiere, idea ésta procedente de Foucault y que cuadra bien con el talante filosófico y humano de Jacobo Muñoz. Aunque en mi opinión, Kant no plantea del todo bien el problema. Introduce en una misma categoría al hombre cínico y al ambivalente. El cínico alterna entre posiciones en función de un cálculo de intereses e, indudablemente, cabe temerle, pues ese cálculo no conoce más regla que su propio beneficio. El ambivalente tiene otra pasta: ha interiorizado formas de valor opuestas, seguramente porque ha pasado por contextos distintos que le forjaron placeres y deseos diversos. Pero el ambivalente reconoce el bien.

No se me ocurre mejor ejemplo para explicarlo que uno comentado por Bourdieu (*El oficio de científico. Ciencia de la ciencia y reflexividad*, Barcelona, Anagrama, 2003, pp. 49-51).

En un laboratorio varios científicos reflejaron en la pared la doble verdad de su trabajo. Como tenían que publicar, en un lado pusieron qué había dado su experimento, en otro lo que contaban en el *paper*. La cosa resultaba cómica porque de lo poco que había dado el primero se sacaban conclusiones rimbombantes en el segundo. Los críticos posmodernos de la ciencia interpretaban la escena como ejemplo del cinismo científico. Bourdieu se enojaba: si fueran cínicos, ¿por qué tenían aquello a la vista de todo el mundo? No eran cínicos, se hallaban en la ambivalencia. El sistema institucional de la ciencia les obligaba a publicar o a morir, la idea de la ciencia les impulsaba a la verdad. Lo uno y lo otro se oponían y tenían que vivir con ello, hacer las componendas que pudiesen. Así somos la inmensa mayoría de los seres humanos. Quienes se creen superiores actúan también de esta guisa, aunque no se dan cuenta –lo que los hace más peligrosos y peores.

Kant pensaba que podíamos volvernos buenos de golpe, por voluntad, y eso suponía ignorar los contextos y los hábitos. Marx abogó por centrarse en estos últimos proponiendo reconciliar los hábitos modificando los contextos. Como Marx no era un moralista, sabía que los contextos tienen un argumento a su favor por encima de todas las quimeras: existen, les permiten, mal que bien, estar a las personas, las quimeras solo alimentan delirios y en estos no se puede estar. Por eso Marx defendía el análisis serio de los malos contextos, para encontrar potencias que permitieran trazar un camino transitable hacia

los buenos. El capitalismo necesitaba desarrollarse generando miseria y riqueza. Un día, sus crisis permitirían eliminar la primera y socializar la segunda.

Este asunto, el de las crisis, es central en el marxismo de Jacobo Muñoz, y desde el principio. Admite una doble interpretación: puede pensarse como una oportunidad que brindan las referidas crisis o como algo necesario que ocurrirá, que hay que provocar, porque tras ellas vendrán los amaneceres radiantes. Si es lo primero, hay que sopesar que lo que venga sea mejor que lo que se deja. Si es lo segundo debemos exacerbar las crisis hasta que advenga el mundo nuevo. Y para ese mundo todo vale: la violencia, la mentira, la crueldad. El revolucionario se vuelve cínico: como tiene un bien superior, supone que todo se le puede sacrificar. Igual que el egoísta, que el mal amigo, que el intrigante. Eso sí: el revolucionario no piensa en su beneficio personal, sino en el de la Humanidad. Para las víctimas inocentes no suele ser consuelo. Esa nunca ha sido la vía de Jacobo Muñoz.

La suya transita entre Kant y Marx, no más allá de ambos, sino con ambos. La bondad no solo es asunto psicológico, sino también de contextos. Ahora bien, debe comprenderse qué coste tiene transformar estos. Una vez que se abandona el profetismo marxista (véase la p. 63) nadie puede suponer que el mal surgirá del bien. Mejorar supone elegir y comprometerse sin tener seguridad de hacia dónde nos lleva el camino.

Un cínico se dedica al simulacro, un moralista absoluto a cultivar, como diría Kant, la misantropía. El modelo de Jacobo Muñoz estimula la ambivalencia. Una ambivalencia no resignada consistente en luchar por introducir toda la verdad posible en condiciones imperfectas. Europa, nos dice, no es solo un pacto entre mercaderes y tecnócratas (p. 85), si se lee bien el Tratado de la Unión Europea, uno puede contemplar la cobertura jurídica que tienen los ciudadanos europeos. ¿Debe uno concluir que esos derechos no son nada, pura apariencia para ocultar los negocios de capitalistas y burócratas? Hacer oficial un hecho, reitero el ejemplo presentado de la mano de Bourdieu, nos recuerda que resulta necesario para legitimar una realidad. Que la realidad no sea un calco del principio, no quiere decir que este sea pura engaño: está ahí, permitiéndonos acudir a él para juzgar la realidad.

Porque un científico o un pensador o un filósofo ambivalentes no tienen nada de cínicos: pactan con el mundo, publican conscientes de la insuficiencia de cuanto dicen, calibran realidades que no se parecen a las que desean. Zubiri recordaba qué era un futurible según Francisco Suárez: algo que se podía realizar en abstracto pero respecto de lo cual no se disponía en la época de medios técnicos y humanos para conseguirlo. Quien lee a Jacobo Muñoz, quien conoce su trayectoria, sabe que es un socialista serio y que en lo más central de su marco vital e intelectual la promesa de un mundo distinto constituye uno de sus motivos más íntimos y queridos. Pero, como buen

materialista, es realista y diría con Suárez: ¿cómo podemos traer ese mundo al presente? ¿Tenemos derecho a condenar al presente en bloque porque no se corresponde con nuestros futuros? Podemos asumir el camino de Alonso Quijano y emboscarnos en un resistencialismo éticamente intachable y políticamente estéril (p. 153). O cabe esperar que, recordando la distancia entre el ideal y la realidad, espoleando lo que en ésta puede prefigurar un mundo mejor, se presenten oportuni-

dades, como las crisis, y de ellas surjan contextos menos miserables y que permitan apostar por un mundo nuevo. En ese momento, los futuros serán porvenir posible, futuro ya, abordable desde el presente. Resistir consiste en filosofar aguardando ese momento y contribuyendo a él de la única manera que puede hacerlo un intelectual que se tome en serio: con conocimiento de aquello de lo que habla y con equilibrio al juzgar la realidad del mundo. Jacobo Muñoz da ese perfil.

.....  
 JOSÉ LUÍS MORENO PESTAÑA es profesor de Filosofía en la Universidad de Cádiz. Texto escrito en el marco del proyecto de I+D+D+I2010-15196.